

Fernández Grilo, poeta romántico de Córdoba

Discurso de ingreso, como Académico Numerario, en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, el día 31 de Enero de 1974, de Don Juan Morales Rojas.

ALGUNOS días felices hay en la vida de cada hombre; los más inesperados a veces: el final de la carrera, algún triunfo profesional, literario o científico, el día en que llevamos al altar, florecida en juventud y en amor, a la que hoy es madre de nuestros hijos, el día en que, terminada la última guerra española colgamos nuestra mochila de soldados encontrándonos de pronto con una gloriosa y triunfante juventud de 20 años, harta de luchar y deseando amar, ya con vuelos poéticos, todo lo bueno que ofrecía la vida: sencillamente vivir, vivir. Días felices en la vida de cualquier hombre.

Sin duda alguna es hoy para mi uno de esos días en que vemos coronado un anhelo, satisfecha una ilusión, realizado un propósito.

Hace siete años la Real Academia me nombró Correspondiente en Córdoba y en 1973 me elevó a Numerario. Obligado es, por tanto, dar las gracias por tan alto honor que acepto humildemente, con cristiana humildad, como corresponde a mis sentimientos, consciente de mis limitaciones, sí; pero haciéndome el firme propósito de, al menos, intentar ser merecedor de ese honor.

Gracias de todo corazón a la Real Academia de Córdoba en la persona de su Director el Excmo. Sr. D. Rafael Castejón de quien me honro en considerarme su discípulo, fuente viva de cultura e inagotable manantial de amor a nuestra tierra a la que algunos cordobeses, no sabiendo ya cómo calificarla para resultar originales, la han calificado recientemente de "ciudad bombardeada".

Acaso el mérito mayor que mi modesta persona pueda aportar a esta ilustre corporación de sabios, sea mi profundo amor a Córdoba a la que siempre he cantado en la línea poética que me inspiraron las celestiales angelerías de mis custodios. Gracias a mis ilustres compañeros académicos que, con la magia de sus blancas bolas unánimes, hicieron posible mi nombramiento de Numerario. Gracias a estas nobles señoras que dan tono de amabilidad al acto para que, con la gracia de su presencia, no resulte excesivamente seria mi disertación. Y gracias, finalmente, a los muchos amigos que han venido esta noche a compartir mi comba de cielo. Para el poeta va a pasar la amorosa sombra de otro poeta de Córdoba, de un excelso poeta de nuestra tierra: Antonio Fernández Grilo. Y con él todo el amor que he puesto en una sencilla biografía suya.

También voy a tener la suerte de un, diríamos, padrinzago de postín ya que va a contestar a mi discurso el Primer Pico de Oro de Córdoba, Pedro Palop, que es un mago de la palabra y un auténtico duende de la Oratoria. Gracias a todos.

Y así, con la sombra de Grilo, podré decir, con Antonio Machado:

**“Mientras la sombra pasa de un santo amor, hoy quiero
poner un dulce bálsamo sobre mi viejo atril.**

**Acordaré las notas del órgano severo
al suspirar fragante del pífano de Abril.**

**Madurarán su aroma las pomas otoñales,
la mirra y el incienso salmodiarán su olor;
exhalaran su fresco perfume los rosales
bajo la paz en sombra del tibio huerto en flor.**

**Al grave acorde lento de música y aroma
la sola y vieja y noble razón de mi rezar,
levantará su vuelo suave de paloma
y la palabra blanca se elevará al altar”.**

EN EL ASPECTO que pudiéramos llamar cronológico-cultural de los hombres, hay un fenómeno fabuloso y perdóneseme que, de intento, aún conociendo su saborcillo a tópico) haya acudido, para empezar, a un tan altisonante como moderno adjetivo) que responde a una manera del ser humano ante la Vida. Se diría que el hombre busca en el siglo XIX la sombra de un árbol gigantesco que todo lo abarca, que todo lo perfuma, pero que también, para otros, todo lo ennegrece. Me refiero al árbol del Romanticismo. El hombre, en otras épocas, apagó su sed de invasiones en aquel período de renovación social y de cambios en las es-

estructuras políticas e intelectuales del Renacimiento; o en aquella otra adoración por la gracia sutil y alada del barroco; o como cuando estudia apasionadamente el intrincado laberinto de las Soledades culterano-gongorinas; o el alambicamiento de las ideas del conceptismo de Quevedo o, finalmente, por ejemplo, con las formas de Picasso o de Miró... Lo bueno y también lo malo del hombre es la pasión que pone en todas sus empresas. Alguien dijo que el hombre sin pasión, sólo es una fuerza latente que espera una posibilidad como el pedernal el choque del hierro para lanzar chispas de luz. No se puede matar la pasión en el hombre porque con ello —lo dijo Anatol France— se mataría todo a la vez: el goce y el dolor; el sufrimiento y la voluptuosidad; el bien y el mal; la belleza y, por fin, sobre todo, la Virtud. Ciertamente que muchas veces las pasiones juegan al hombre malas pasadas y hablamos ahora aquí de grandes pasiones, no de aquellas pasioncillas de las que tan sutilmente se burlaba el Maestro Benavente porque para él ni el nombre de pasiones merecían. Hablamos de las pasiones poderosas que el hombre pone en las grandes empresas y sin las que, probablemente, sería un ser tímido y absurdo incapaz de ninguna acción importante y noble.

El hombre decimonónico pone su pasión, con todas sus virtudes y también con sus defectos exagerados, en la revolución del Romanticismo, individualizándose espiritualmente. Le consume, de pronto, un ansia ardiente de libertad: libertad religiosa, libertad política, libertad social; pero sentidas de una manera violentamente personal. El hombre se sacude todos los convencionalismos tradicionales.

El Romanticismo es el modelo que excita y arrastra las almas románticas haciéndolas balancearse trágicamente desde el más efusivo y desconcertante entusiasmo hasta la más pobre y desoladora depresión melancólica.

Recordemos cómo Mesonero Romanos levantó en alto el flagelo de su crítica más despiadada contra el Romanticismo que, al principio causó como todo lo nuevo, un entusiasmo fervoroso para caer después, gracias a su peregrino estilo, en lo que llegó a llamarse, irónicamente, "romanticomanía", en despiadadas burlas por sus hiperbólicas estridencias.

Se renuevan, en gracia al individualismo, las maneras de versificar; se busca, sobre todo, originalidad y como el poeta romántico busca en primer lugar para su poesía la musicalidad y el artificio sonoro, esta poesía acaba perdiendo su verdadera esencia y la profundidad de su contenido. Ya, en cualquier manifestación artística, poesía, teatro, pintura, etc. proclamando absolutamente la libertad creadora, se enfoca todo buscando **conmover**, que parece ser la ansiada meta del Romanticismo.

El poeta es casi panteísta, da vida a la Naturaleza, adora las montañas, los ríos, los astros, las piedras nobles de las ruinas, solloza en los cementerios, a la luz de la luna cabe la sombra de los cipreses (con perdón de la arcaica preposición). Describe la emoción del sepulcro y el viento que gime escondido en la silueta de los campanarios. Se diría que el poeta romántico goza sufriendo de imposibles amores y, en cambio, desdeña la materialidad de unos amores fáciles.

Desde 1810 atraviesan nuestras fronteras las teorías del Romanticismo alemán, pero el triunfo definitivo de la tradición literaria de España, viene de la mano del Duque de Rivas y con el estreno de Don Alvaro o la fuerza del sino. De aquí que hayamos dicho que el Romanticismo español nace, como quien dice, cosido a los últimos barrios de Córdoba, en las cercanías de Hornachuelos. Cuando Don Alvaro grita desesperadamente el verso de "¡Infierno, abre tu boca y trágame!" arrojándose de cabeza al abismo, son los riscos de aquellas sierras de Hornachuelos, por donde juegan las gráciles siluetas de los cervatillos, los que reciben el cuerpo del personaje que, muy poco antes, exclamaba con énfasis:

**"¡Sevilla, Guadalquivir!...
¡Cuán atormentais mi mente!
Noche en que vi de repente
mis breves dichas huir!..."**

El Duque de Rivas muere en olor de consagración literaria en el año 1865. Por aquel mismo año, ya recorre los viejos barrios cordobeses, un poeta de esta tierra, un poeta de alma y pensamiento enteros, un joven de veinte años a quien conocemos en el mundo de las letras por Antonio Fernández Grilo a quien algún crítico literario llamó "ingenio cordobés" en toda la extensión de la frase; poeta por temperamento, por educación, por hábito o segunda naturaleza que remonta el vuelo de su númen a alturas inaccesibles y se somete con docilidad a todos sus caprichos. Un joven que cautiva ya a sus amigos y cautivará muy pronto a las muchedumbres recitando sus poemas con tal maestría, que sólo otro gran poeta español, José Zorrilla, logró igualar en el acento cálido, en el derrame más generoso y elocuente que puede ofrecer un artista sin egoismos y sin sombras, para llegar al alma de sus oyentes, repartiendo las melodías del verso, bajo bronce sinfónicos, que en su garganta encuentran el eco de los sonidos inmortales de la Naturaleza.

Antonio Fernández Grilo tuvo su bandera, su símbolo triunfal que reparte melodías cobijándose en ella con todos los cordobeses inmortales

que escribieron música o verso en la cosmogónica orquesta del arte y aportaron su rayo de luz mostrando a sus oyentes todas las retinas profundas del espíritu.

Antonio Fernández Grilo conocía profundamente la obra del Duque de Rivas. No sólo recitaba maravillosamente pasajes enteros de Don Alvaro o de las tragedias Ataulfo, Aliatar o Doña Blanca, sino que había leído y estudiado los poemas de Don Angel de Saavedra publicados en aquellos dos tomos de Sevilla. Acaso leyó también esa tragedia salida de las prensas de Córdoba que citan Pavón y Ramírez de Arellano en sus estudios de la Imprenta y de la que también habla Pastor Díaz —“Lanusa”—; prolongando las obras del Duque-Poeta. No quiere esto decir que el numen de Fernández Grilo esté sugestionado más o menos por el plectro poderoso de D. Angel; él conocía sobradamente los senderos floridos de la sensibilidad más acusada que, acaso, ningún otro poeta de su época recorrió con mejor pié ni más elegante compostura. Grilo no necesitó impregnar el pan caliente de su inspiración con el aceite de los ajenos olivos.

Tenía entonces nuestro poeta diecinueve abriles; diecinueve otoños estaría mejor dicho tratándose de un poeta romántico. Situándolo entre los cordobeses ilustres de su época, recordemos que el 8 de Agosto de 1818 nació el sabio matemático y filósofo D. José María Rey Heredia, el ilustre pensador de la Teoría de las cantidades imaginarias, autor también de un Curso de Psicología y Lógica y un Tratado de Filosofía Moral de los más notables de su época. Cuando muere Rey Heredia a los 43 años en plena vida de trabajo en el año 1861, Fernández Grilo acaso había escrito ya sus primeros endecasílabos: tenía 16 años.

Cuando años después del nacimiento de Grilo, en 1849, nace en Córdoba un músico insigne, de dulce y elegante inspiración que aprendió a llevar al pentagrama el embrujo de aquellas —¡ay!— silenciosas noches de Córdoba, aquellas noches calladas de Córdoba en cualquier tiempo, que dijo el poeta; el autor de la elegante Pavana, de Aires Andaluces, Carnaval del 86 y tantas románticas composiciones que siguen siendo temas obligados de la música cordobesa. Eduardo Lucena, rondador en plena juventud con Fernández Grilo, de rincones y lugares típicos, de bellas y dormidas plazuelas, de sombras de luna en los patios cordobeses, buscó, con el poeta, el embrujo, el duende de la ciudad, ese algo sutil y etéreo, ese regusto secreto como plañir de guitarra que va dejando en el alma la visión nocturna de Córdoba cuando la paseamos cada noche y cada noche la descubrimos porque Córdoba siempre es nueva y siempre noble en la vejez de sus siglos. Esa Córdoba amada y sentida por Eduardo Lucena hizo brotar la música que paseó en triunfo por toda España y el ex-

tranjero el Real Centro Filarmónico de su nombre. Eduardo Lucena tenía 18 años cuando Fernández Grilo dirigía en Córdoba "El Andaluz" en 1866 y en la sala de Redacción de este periódico más de una noche músico y poeta, ya elegidos por la posteridad para la gloria toponímica de la ciudad, hablarían hasta el amanecer, entre infinitas tazas de café y envueltos en el humo de muchos cigarrillos, de canciones y versos, de mujeres bellas y de guitarras y, sobre todo, de Córdoba. No pude averiguar si alguna de las letras de las obras de Eduardo Lucena, se debió, posiblemente sí, a las musas de Fernández Grilo. Porque aunque éste se marchó pronto de Córdoba estuvieron unos años reunidos en la grata mansión del arte de la que pudo y debió salir alguna colaboración estrecha.

Un niño cordobés de seis o siete años empieza a dibujar por aquellos días iniciando los torpes balbuceos de sus primeros estudios artísticos bajo la dirección de su padre, estudios que había de continuar más tarde en la Escuela de Bellas Artes que fundara y dirigiera Romero Barros. Aquel niño que se llamaba Mateo Inurria fue, como dice el crítico Pan-corba, el mejor de los escultores andaluces nacidos en el siglo XIX.

También por las mismas fechas, otro niño cordobés, niño prodigio, Cipriano Martínez Rucker, hijo de una prestigiosa familia cordobesa en la que se cultivaban tradicionalmente todas las manifestaciones artísticas llega a componer a los seis años una marcha fúnebre en honra de un pájaro muy amado por el niño-músico que a los ocho años sorprende a sus propios familiares con una piececita de zarzuela también hecha que llega a estrenarse con éxito en el teatro Príncipe Alfonso de Madrid dando así comienzo otra vida ilustre de aquellos años gloriosos de la Córdoba decimonónica.

También de aquellas jornadas, mas o menos, es el gran poeta Julio Valdelomar de quien se dijo que era "poeta andaluz de pura raza"; tiene en sus versos los perfumes, colores y brillantez de su tierra, donde Julio Valdelomar goza —gozó— merecidamente de las simpatías generales y donde su fama de poeta florido, elegante, delicadísimo, salió para recorrer toda España.

Los floridos veinte años de Grilo corresponden a la madurez literaria de Rafael García Lovera, decano de la prensa cordobesa, jurisconsulto orador y también poeta, autor teatral y Director del inolvidable Diario de Córdoba a donde tuvimos la honra de hacer nuestros primeros pinitos literarios allá en los años de nuestro bachillerato, cuando el desaparecido Diario era dirigido por D. Ricardo de Montis y Romero de quien nos entusiasaban entonces sus inacabables Notas Cordobesas.

Cuando Grilo cumplió en Madrid 40 años, contaba 20 otro gran

poeta de esta tierra: Marcos Rafael Blanco Belmonte, que en la república de las letras dió brillo al apellido de su padre cantando los dramas del trabajo, los ecos de la tradición, las tristezas del cementerio y los temas de que, hijos, en definitiva del Romanticismo, ni pudieron ni quisieron evadirse los poetas cordobeses del siglo XIX.

Sobre los 30 ó 35 años de Grilo triunfan la juventud y la poesía de otro cordobés: Guillermo Belmonte Muller de quien ahora hemos conocido, además de su importante producción poética española, los poemas premiados en certámenes de la América hispana. Guillermo Belmonte Müller ondeó la bandera de nuestra mejor poesía en Puerto Rico y alguien dijo de él que era el Campoamor cordobés por el predominio del pensamiento en sus obras.

Y finalmente, para no hacer interminable este acompañamiento de ilustres cordobeses del siglo XIX con que hemos querido formar algo así como una corte de honor para la aureola de nuestro biografiado Fernández Grilo recordemos que, cuando el autor de "Las Ermitas" cumple 36 años, nace en Córdoba hijo también de una ilustre familia de artistas, un niño que se llamó Julio Romero de Torres..

Y como hemos tomado punto de partida la juventud de Grilo, encontramos para suerte o desgracia de nuestro poeta —más bien para lo segundo— el alumbramiento glorioso de un Genio de la poesía española, nacido, como quien dice, a dos pasos de Córdoba y que, como todas las luminarias del Genio, brilló con tal fulgor, que casi oscureció a los que le rodearon. En 1836, nueve años antes que Grilo, había nacido en Sevilla Gustavo Adolfo Bécquer, que si bien atrajo hacia la cumbre de su obra la atención de eruditos, críticos y público, no logró apagar la personalidad desbordante de nuestro poeta. Pero...

No, no se ha hecho justicia a Antonio Fernández Grilo. Es más: opino que su obra entera, importantísima, acaso está olvidada injustamente hasta por nosotros sus paisanos. Y estará olvidada hasta que algún sabio lleno de erudición y sobre todo de fama se atreva, con toda valentía a desempolvarla del olvido en que, aún cubierta de ceniza, brilla. Yo me atrevo aquí a calificar de glorioso el nombre de Fernández Grilo y a repetirlo cuantas veces fuese necesario y eso a pesar de que conozco la incompreensión de ciertos críticos, más de ayer que de hoy, y del abandono del público que quizá no llegó a leer al poeta de "Las Ermitas", al poeta de los suaves, bellísimos endecasílabos:

“¿En dónde está la reina de las flores?
 ¿Dónde el edén que cantan los poetas?
 ¿La ciudad que dibujan peregrinas
 De azul Guadalquivir olas de perlas ?
 ¿Quién guarda los espléndidos jardines
 Donde aún la voz enamorada suena?
 De cautiva mujer, que con la aurora
 Lloró de amor sus inocentes quejas?...
 ¿Dónde está de la hermosa Andalucía
 La joya que los árabes recuerdan,
 Prostrados en el mar de sus desiertos
 cunas de palmas, piélagos de arenas?
 ¿En dónde están las hijas del Oriente,
 De ojos de luz, de negras cabelleras,
 De labios de coral, frente de nácar,
 Risas de amor, mejillas de azucenas?...

Fue un poeta encantador, rodeado siempre de cierto misterio que, acaso, le acompañó desde la cuna sin que, por supuesto, caigamos en la tentación de escarbar entre las cenizas de su pasado para poner de relieve cosa alguna que no redunde en el brillo de su inmortal y mercedísima corona de laurel.

En vida se creó una aureola mágica: su voz era timbrada, grave, varonil, llena de armonía. Cautivaba a los hombres y enamoraba a las mujeres. Muchos actores de fama, amigos suyos le envidiaban el acento, la sonoridad de los versos en su voz, aquella inimitable manera de decir que, de haberlo él querido, le hubiese abierto de par en par las puertas del teatro para el que estaba magnificamente dotado. Pero Fernández Grilo no había nacido para repetir lo que otros escribieran. Fue, como todo poeta, un creador. En su alma llevaba la semilla de la poesía, el germen de la belleza que brotaba en él a raudales con la emoción incontenible de sus arrebatos románticos. Y de su nunca olvidado amor a Córdoba:

¿En dónde están grabadas las historias
 Las orientales mágicas leyendas,
 La tradición que vive sepultada
 Del roto muro en las hundidas piedras?
 ¿Qué cefiro repite en los jardines
 Los ayes que murmura la arboleda,
 Aves que el triste trovador vertía

Del arpa blanda al registrar las cuerdas?
¿En dónde están los pórticos dorados
De colosal y altiva fortaleza,
Y el mármol que en columnas desafía
Del raudo tiempo la veloz carrera?
¿Dónde crecen los árboles que guardan
De palabras de amor ricos poemas?
¿En dónde están las grutas de azahares
Que dieron sombra a las sultanas bellas?
¿En dónde están las fuentes que copiaron
La obscura faz de las esclavas negras,
Y los baños azules que bullían
En olas de suavísimas esencias?...

Dice un biógrafo de Grilo que "hablar de Córdoba sin recordarle es tan imposible como hablar de Roma sin que acuda a la mente la imagen del Pontífice. Van enlazados íntimamente las unas con los otros y para los que buscamos armonías, relámpagos de luz, fosforescencias encantadoras, noches de luna en las que se esmaltan con su lumbre nacarada los claveles y los jazmines del patio solitario y de la reja llena de poesía; para los que idolatramos la Patria por la exclusiva razón de serlo, y vivimos para el amor y no encontraríamos mujeres como sus mujeres, ni héroes como los suyos, ni historia como su historia, ni tradiciones como las suyas, Grilo es el Pontífice y todos los demás pueden parecernos los Cardenales de su Colegio, el séquito de su inspiración".

Había nacido en la segunda mitad del siglo XIX. Concretamente en el año 1845. Fue poeta desde niño como suele ocurrir. Nadie cuidó, al parecer, de su instrucción por lo que ésta resultó rudimentaria al no formarse en Colegios ni en Liceos. Digamos que, como tantos hombres de su época, fue un autodidacta, de poderosa inteligencia, borracho de libros, como Bécquer, y a veces, en medio de la penosa libertad de su primera juventud, también de vino como Rubén Darío a quien Grilo conoce en Madrid y a quien el poeta romántico, como todos los poetas españoles, mira con cierto recelo, entreverado con algo de desdén, aceptando, sí, la bella sonoridad de los versos del nicaragüense, pero encontrándole poco sutil. Fernández Grilo, como los demás, tardó en rendirse a la evidencia y en comprender el tecnicismo y la musicalidad de Rubén. Es decir: tardaron en comprender que asistían, nada más y nada menos, que al nacimiento del modernismo.

Fue periodista en Córdoba y aquí publicó su primer libro en 1869.

¡Era un poeta de veinticuatro años! Ya sonaba su nombre en los juegos florales a que tan aficionada era la ciudad en aquella época de paz, de quietud, en que las gentes más sencillas hablaban de música y versos, en que se discutía, en cualquier humilde portal de zapateros de candil, de rondallas y de zarzuelas, y de cantantes y de teatro clásico, en que había más agrupaciones teatrales de aficionados que ahora sin que, naturalmente, como hombres que somos de nuestra época, caigamos en el tópico de creer todo lo pasado mejor que todo lo presente. Fernández Grilo declamó sus poemas en los salones de la privilegiada sociedad cordobesa, de la "buenas sociedad" como se decía entonces y aún ahora todavía se oye de vez en cuando. Declamó en aquellas noches en que, bajo la luz de gas, las mujeres sonreían más bellas tras el nacar de sus abanicos en los que los poetas escribían sus más inspirados versos; en que los militares, luciendo sobre sus pechos bandas y condecoraciones, hablaban de la guerra de Cuba y en la que años más tarde las mocitas casaderas se preguntaban quién era aquel hombre de bigotes caídos, esbelto y pálido, que había compuesto aquella elegante Pavana y aquel delicioso pasacalle que estrenó el Centro Filarmónico en los inolvidables carnavales del año 86.

Cuando Grilo cumplió los veintidós años, el pueblo sencillo y estático que era Córdoba allá por el año 1867 se le queda pequeño a nuestro poeta a quien se le van perfilando ya las alas de una autoformación literaria; alas que le obligan a volar a la Villa y Corte, a la sazón una de las más bellas capitales de Europa, que, desde el primer momento, le ayuda a vivir la bohemia azul, alta y eterna e imprescindible entonces, brindándole un puesto de trabajo, como diríamos ahora, en el ejercicio de su profesión: el periodismo. En la redacción de "El Contemporáneo" donde escribían cuando él llegó Bécquer, Juan Valera y otras figuras de las letras, como en todas las redacciones de la época, entre café y café y el humo denso de los cigarrillos, se hablaba de política, de toros, de guerras coloniales, de teatro, de escándalos amorosos entre gente famosa en cualquier parcela del mundo artístico, con una mezcla de ideas, con un concepto generalmente liberal de la vida y de los hombres —tal era la fruta del árbol del tiempo— que por su misma libertad de expresión y acción, terminaba muchas veces en un frío amanecer, en las afueras de Madrid, en el que dos pistolas intentaban resolver, en un absurdo y trágico desafío, las diferencias amorosas o políticas de dos hombres.

De "El Contemporáneo" pasó Grilo, sucesivamente, a "La Libertad", "El Tiempo", "El Debate", y "El Arco Iris", una revista de Literatura, de teatro, de salones... algo que, en definitiva, cansó pronto a Grilo que, aunque "con sitio" y consiguiendo colocar su firma, en plena juventud,

junto a la de muchos consagrados, le hacía sentir el afán de una plena dedicación a la Poesía y ¿cómo no? la nostalgia punzante de su amada tierra de Córdoba a la que seguía cantando desde Madrid:

**"Patria del corazón, Córdoba mía,
Deja que el alma sin cesar se aduerma
en esos campos, de las rosas tronos,
En ese cielo, pabellón de estrellas.
Del Betis claro en el raudal sereno
El ala santa de tu Arcángel tiembla
Y la columna que refleja el río
Detiene el rayo y la borrasca enfrena.
Tu extiendes en los vastos horizontes
La imagen de tus torres altaneras,
Que suben, poderosas y atrevidas,
Del arte puro y la región soberbia.
Tú en las trémulas, pálidas espumas
De las linfas del Betis te reflejas,
Tú eres el sol que alumbra el Mediodía
Y del mundo la eterna primavera.
Tú eres, Patria, la patria de los genios,
La cuna de las artes y las ciencias,
El astro singular de la hermosura
Y el espejo de Dios sobre la Tierra.**

Grilo se dedica, al fin, en cuerpo y alma, a lo que es esencia y razón singular de su vida: la Poesía. Atrás quedan las noche cordobesas en el palacio del conde de Torres Cabrera adonde el poeta fue siempre bien recibido y mimado en su juventud por la aristocracia pese a alguna levísima, fugaz y acaso no del todo comprobada añeja historia de unos cercanos y peregrinos amores familiares. Fue precisamente el conde de Torres Cabrera el que, a sus expensas, publicó el primer tomo de versos de Grilo. En el año 73, en Madrid, cuando el poeta cumplía los veintiocho, el marqués de Dos Hermanas, imitando a Torres Cabrera, le costeaba un nuevo libro de versos. Fernández Grilo, por tanto, fue, como Campoamor, un poeta de quien la suerte estuvo siempre enamorada. Y esta suerte le abrió de par en par las puertas del palacio real adonde contaba con dos grandes admiradores de excepción: Alfonso XII de Borbón y su esposa María Cristina de Absburgo. El rey gustaba muchísimo de la perfecta y sonora declamación de Grilo. No perdía ocasión de escucharle y aún buscaba él las

ocasiones, organizándolas, con mucha frecuencia. Es sobradamente conocido el hecho de que Alfonso XII sabía de memoria muchos de los poemas de Grilo. La reina María Cristina igualmente distinguía a nuestro poeta, de quien era ferviente admiradora, con la dosis de amistad que el protocolo permite a los soberanos.

Recordemos que muy admirado había sido también por la ex-reina Isabel II de quien, acaso, heredara la afición Alfonso XII. Isabel II costeó también en París una lujosísima edición de todos los poemas del ilustre vate cordobés, ya en plena madurez literaria, mimado por reyes y damas de la más alta alcurnia, buscado y leído en toda la América hispana. Habría que haberle oído en el énfasis dramático de su inspirada declamación cantando a la primavera:

¿Quién eres, virgen bella, que tras el blanco velo

De mis ensueños puros te siento resbalar?

¿Eres visión del alma o eres ángel del Cielo

A donde se dirige tu misterioso vuelo?

¿ Quien pudo tus encantos magníficos crear?

Tu voz es la del aura que gime entre la fuente

tu aliento es el aroma del nardo en el jardín;

Tus labios son las tintas del alba sonriente

Y bajo el chal de flores que luces transparente,

la imagen se adivina de alado serafín.

Tus bucles son los rayos del sol de la mañana;

Tus lágrimas son perlas que envidian las del mar;

Dibujan tus mejillas la nieve con la grana

Y escondes como un cielo tu frente soberana

Entre guirnalda bella de pálido azahar.

Sacudes en el aire tu blonda cabellera

Y cuando alegre naces del verde Abril en pos,

El mundo te recibe, gallarda Primavera,

Cual risa de los ángeles, cual pura mensajera

Del refulgente mundo donde se ostenta Dios.

Obsérvese la musicalidad romántica de sus hermosos endecasílabos:

**La vida es el morir; la vida humana
Es la senda medrosa del desierto;
la vida es el rumor de una campana
que toca a muerto.**

**La vida es el morir, es el ocaso
De un sol que entre tormentas se derrumba
la vida es una lágrima, es un paso
de la cuna a la tumba.**

**El mundo rueda en su extensión perdida,
Y nunca el hombre sobre el mundo advierte
que el mundo es ¡ay! la cárcel de la vida
donde llora la muerte.**

.....

**La vida es el morir, es el ocaso
De un sol que entre tormentas se derrumba;
feliz el niño que al nacer da un paso
de la cuna a la tumba.**

A veces, por anteponer la belleza de la forma a la verdad del fondo, como le ocurría a otro famoso romántico, José Zorrilla, su prodigiosa fecundidad le hace caer en incorrecciones que, por supuesto, no influyen o influyen muy poco, en el valor positivo de su obra. Alcanza, como el águila a quien canta, alturas insospechadas:

**¡Águila! ¿Dónde vas? Detén tu vuelo;
Tú que desprecias en tu audacia loca
el esqueleto inmóvil de la roca
para envolverte en el dosel del cielo;
tú, que sobre ese risco
do te asientas tranquila
valiente clavas en el áureo disco
del abrasado sol tu ancha pupila;
tú; que te pierdes en las negras brumas
que arroja el mar de su hervoroso seno,
que bebes del arroyo las espumas,
que te corona el trueno,**

**que con ardientes bríos
vences a los soberbios huracanes,
que son arroyos para tí los ríos
y terror no te inspiran los volcanes**

No quiso Grilo, es cierto, perfeccionar los múltiples talentos poéticos que le tocaron en suerte. De haberlo hecho hubiese sido uno de los más grandes poeta nacionales de primerísima fila entre los que, a pesar de ello, puede muy bien figurar. Quizá su poema "A las Ermitas de Córdoba", por si solo, en el encanto suave de su sencillez, le hubiese bastado para franquear las puertas de la Inmortalidad:

**Hay de mi alegre sierra
sobre las lomas
unas casitas blancas
como palomas.**

**Les dan dulces esencias
los limoneros,
los verdes naranjales
y los romeros.**

**Allí junto a las nubes,
la alondra trina.**

**Allí tiende sus brazos
la Cruz divina.**

**La vista arrebatada
vuela en su anhelo
del llano a las Ermitas,
de ellas al Cielo.**

**Allí olvidan las almas
sus desengaños
allí cantan y rezan
los ermitaños.**

**El agua que allí oculta
se precipita
dicen los cordobeses
que está bendita.**

**Prestan a aquellos nidos
luz los querubes,
guirnaldas las estrellas,
mantos las nubes!**

Muy alta está la cumbre
la Cruz muy alta!
Para llegar al Cielo
Cuán poco falta!
Puso Dios en los mares
flores de perlas!
en las conchas joyeros
donde esconderlas!
en el agua del bosque
frescos murmullos;
de abril en las auroras
rojos capullos...
Arpas del Paraíso
puso en las aves;
en las húmedas áuras
himnos suaves.
Y para dirigirle
preces benditas,
puso altares y flores
en las Ermitas.
Las cuestas por el mundo
dan pesadumbre
a los que desde el llano
van a la cumbre.
Subid adonde el monje
reza y trabaja.
¡Más larga es la vereda
cuando se baja!
Ya la envuelva la noche
ya el sol la alumbre,
buscad a los que rezan
sobre esa cumbre.
Ellos de santos mares
van tras el puerto,
caravana bendita
de aquel desierto.
Forman música blanda
de un campanario,
de semillas campestres
santo Rosario.

De una gruta en el monte
plácido asilo
de una tabla olvidada
lecho tranquilo.
De legumbres y frutas
pobres manjares
parten con los mendigos
en sus altares.
Allí la Cruz consuela,
la tumba advierte.
Allí pasa la Vida
junto a la Muerte!
Por los ojos que finge
la calavera,
ven el mundo... y su vana
pompa altanera.
Calavera sombría
que en bucles bellos
adornaron un día
ricos cabellos.
Esos huecos oscuros
que se ensancharon
fueron ojos que vieron
y que lloraron.
Por esas grieteadas
formas vacías
penetraron del mundo
las armonías.
¡Qué resta ya del libre
mágico anhelo
con que esa frente altiva
se alzaba al cielo!
La huella pavorosa
de un ser extraño
adornando la mesa
de un ermitaño.
Aquí en la solitaria
celda escondida
un cráneo dice ¡Muerte!
Y una cruz: ¡Vida!

**Muy alta está la cumbre,
la cruz muy alta!
para llegar al Cielo
¡cuán poco falta!**

Como hemos visto en el poema de Las Ermitas, Grilo es un poeta cristiano, su religiosidad aflora en ágiles y graciosas estrofas muy inspiradas, tiernas, con bellas metáforas. Este poema ganó para él la palma de la popularidad tan despreciada, a veces, por los que no llegan a conseguirla. Se nos muestra también poeta místico, con fervores marianos, cantando a la Virgen de la Fuensanta de la que, como buen cordobés, fue gran devoto:

**Virgen de la Fuensanta
sol peregrino,
rosa de los rosales
del Paraíso,
blanca azucena,
aurora que ilumina
toda la tierra.
Paloma de los cielos,
flor de las flores.
cefiro de la Gloria
sol de los soles
lago que guarda
entre nardos y lirios
olas en calma...**

**Iris en la tormenta,
sol peregrino,
rosa de los rosales
del Paraíso.
¡Virgen del alma!
¡Bendita sea la Virgen
de la Fuensanta!**

Si el amor de los hombres, como decía Lacordaire, es el principio de todo, la razón de todo y el fin de todo, el eje de la maquinaria universal, Fernández Grilo no podía, ni por su prestancia física, ni por su arrebatado númen romántico, dejar de cantar el amor. Y tal ocurre, entre otros muchos, con el poema "¡Ella es así!" del que trasciende un suavísimo sabor heiniano:

¿Por qué cuando te miro sin enojos,

y me voy hacia tí,

bajas al suelo tus tranquilos ojos?

—Porque yo soy así!

¿Por qué cuando despliegas entre agravios

tus labios de rubí,

cárdenos tiemblan tus amantes labios?

—Porque yo soy así...

... ..

También hay una flor que se intimida

ante el aura sutil;

también entre las hierbas escondida

la violeta es así.

Por eso la que guarda mis amores

tiembla muda ante mí:

porque así son las niñas y las flores

y mi niña es así.

Canta también el amor a la madre, el dolor de los hombres, los difuntos, la Naturaleza. Como el águila de su poema levanta el vuelo de su inspiración y pulsa apasionadamente las cuerdas de su lira que, a veces, se le vuelve entre los dedos guitarra flamenca cuando se acuerda de su tierra cordobesa. Todo lo hace bien. El acierto preside su obra. Si en España no se ha mantenido el culto a que es sobradamente acreedora su obra literaria, cúlpese acaso, al gran poeta de Sevilla sobre cuyos versos derramaron ardientes lágrimas todas las mujeres de España. Cúlpese a ese genio de todos los tiempos, acaso el más leído, llorado y añorado de todos los poetas españoles, poeta de modistillas y de intelectuales. Cúlpese, sí, a Gustavo Adolfo Bécquer que, con su mágico resplandor, con la divina aurora de su lirismo, logró obscurecer a todos los que en su época, se en-

tregaron, con él, al amor de las Musas. Tal es la suerte de los que se ven, por la historia, condenados a convivir con los genios.

Cuando en el año 1879 se publica en Madrid, corregida y aumentada, la obra antológica de Fernández Grilo, ya corrían de mano en mano, de lágrima en lágrima, de corazón en corazón, desde el año 1871 las Rimas y las Leyendas de Bécquer. El poeta sevillano ya había muerto en 1870 a los treinta y cuatro años y las mujeres que no le amaron en su corta vida de tuberculoso, lloraban ahora su recuerdo y aprendían sus versos. Las golondrinas de Bécquer subieron en las eólicas mansiones de la Poesía, más altas que las águilas de Grilo.

En 1906 se le nombra Académico de la Lengua. Tiene sesenta y un años. Está muy delicado de salud. Ha luchado mucho en Madrid. Las letras españolas van a perder una indiscutible personalidad literaria. Con los calores de Julio Madrid es un hervidero y el poeta cordobés se agrava. En el lecho de muerte se acuerda de su Virgen de la Fuensanta:

**Templo del valle,
morada misteriosa
que guarda un ángel:
torre del Santuario
la que se encumbra
entre el laurel de huertas
que la circunda.
Abreme de tu Ermita
los manantiales
en cuyas aguas dulces
beben los ángeles...**

El ya no volvería a beber el agua del pocito.

La vela de su vida se consume y su pabilo, apagado, deja escapar un humillo leve que, como el alma del poeta cordobés, parece buscar la luz del ventanal entreabierto por donde entra en la estancia el cielo deslumbrador de una tarde de verano madrileña. Un cielo igual al de Córdoba...

No llegó a tomar posesión de su sillón en la Academia de la Lengua. Córdoba dió su nombre a una plaza y colocó su retrato marmóreo en un pequeño monumento adosado a la roca de la montaña que abre la puerta

de las Ermitas. Otros personajes de Córdoba tuvieron mas suerte y pudieron ofrecer sus bustos y sus monumentos, no en la sierra bella, pero lejana, sino en el corazón mismo de la ciudad que tuvo la suerte de verlos nacer. Pero ahí queda la obra importante de un gran poeta que quiso

**Guardar la fé cual perla bendecida
del alma pura en el verjel fecundo,
sentir de lejos palpitar la vida,
crecer los años y rodar el mundo...**

Juan MORALES ROJAS

Temple del valle,
montaña misteriosa
que guarda un ángel:
torre del santuario
la que se encuentra
entre el haural de huertas
que la circunda.
Ademas de tu Ermita
los manantiales
en cuyas aguas dulces
duran los ángeles...

El ya no volverá a beber el agua del pozo.

La vida de su vida se consume y su padre, pagado, deja escapar un
humilde jere que, como el alma del poeta cordobés, busca buscar la luz
del ventanal entresuelto por donde entra en la estancia el cielo deslum-
brador de una tarde de verano malizana. Un cielo igual al de Córdoba...

No llegó a tener posesión de su vida en la Academia de la Lengua.
Córdoba dio su nombre a una plaza y colocó su retrato en un nicho en un
pequeño monumento adosado a la torre de la montaña que abre la puerta